



Rumbos Olvidados

POR Xabi Luna (www.rumbosolvidados.com)

El 12 de enero viajábamos con las bicis rotas dentro de las cajas hacia el aeropuerto de Douala. La burbuja que suelen ser los aeropuertos respecto al exterior, en Camerún está reventada, dentro nos esperan doce horas de olores, desorden, calor y mosquitos. Para colmo, Turkish nos extorsiona para subir las bicis y tenemos que pagar 140€ extras. 32 horas después aterrizamos en Melbourne, es un viaje en el tiempo literal, parece otro mundo. Cuatro meses en África se borran de un plumazo, todo parece un sueño vivido hace años. Durante hora y media miramos la cinta de equipaje voluminoso sin éxito, nuestras cajas no salen, se han quedado en Camerún, lo que nos obliga a esperar tres días y perder la cita para arreglar las bicis. Gracias a Víctor y Eva, unos amigos españoles que nos acogen como una familia, tenemos un lugar donde descansar. Compramos las ruedas y las parrillas llegan por correo, la marca Tubus nos las envía gratis apoyando el proyecto.

Australia, cuarto continente del viaje nos recibe en llamas. Toda la ruta planeada está cortada por el fuego y nos obliga a buscar una alternativa, el nuevo destino será Tasmania, una isla al sur. Originalmente llamada Van Diemen, la nombraron así, por Abel Tasman, quien descubrió la isla en 1642. El 18 de enero pedaleamos hasta Geelong, donde tomamos el ferry para cruzar el estrecho de Bass hasta Devonport. Por delante, cuatro semanas y veinte etapas. Es verano, pero ya nos han avisado, “un día allí puede tener las cuatro estaciones”.

En un territorio poco más grande que Aragón y Navarra juntos, el 40% es área protegida con aires de los más puros del planeta. Su fauna y flora, al igual que en la isla principal, son reservas de especies únicas. Esta isla está parada en el tiempo, de las grandes ciudades de la isla principal, la gente escapa para vivir un mundo reposado, rural. Muchas de las gasolineras, las oficinas de correos, las cafeterías, parecen una postal de mediados de siglo. Contrasta con los barcos, coches y caravanas aparcadas en las puertas de sus casas donde se hace patente el progreso, pero borrando lo material de la escena, viajar por Tasmania es un recorrido por un paisaje pausado en el tiempo.

En 1788 el Imperio británico llegaba con una flota de once barcos. Dentro viajaban convictos destinados a trabajos forzosos en uno de los penales más duros del planeta. Gran parte recayeron en esta isla. Muchas de las personas actuales tienen un ascendente de aquellos convictos que llegaron presos y ganaron su libertad con esfuerzo.

El 20 de enero nos lanzamos hacia el oeste, en busca de Cradle Mountain. Tenemos las piernas dormidas desde el accidentado 31 de diciembre del año anterior y cuesta ponerlas en marcha, sobre todo si los perfiles de



Australia: “orientados por la cruz del sur”

las primeras etapas son exigentes y le sumamos viento, lluvia y temperaturas que llegan a los 4º. Los paisajes compensan, pero nuestro cuerpo tiene el termostato aún en Camerún y dormimos con toda la ropa que tenemos. Este “verano” austral nos pilla

desprevenidos. No hay que olvidar que desde su capital salen expediciones a la Antártida, estamos muy al sur del planeta.

Australia es caro, más aún si vienes de pagar un euro por un plato de comida en África, cada compra en el

supermercado es un atraco al bolsillo y dormir en hoteles es prohibitivo. La bueno es que estamos en Australia, su pasión por las acampadas provoca que haya una infraestructura de zonas habilitadas muy grande y en la mayoría de los casos gratis. Le

sumamos que pertenecemos a una red (warmshowers) que aloja a cicloviajeros y que hasta la fecha la hemos usado como anfitriones, pero aquí estrenamos la faceta del invitado. Llegamos a dormir en doce casas diferentes, con lo que tenemos un acercamiento a la cultura local enorme. Todas y cada una han sido grandes experiencias donde relajar el cansancio del día con una buena conversación. Australia es un sitio donde sentirte tranquilo, la casas en los pueblos están abiertas, algunos coches duermen con las llaves puestas y la gente no concibe que alguien pueda querer robarle nada, la confianza es absoluta y eso se agradece.

La experiencia vivida hasta llegar al continente oceánico era que la vida estaba en la carretera, el arcén ha sido un desfile humano con el que conectamos, un escaparate a la vida que nos saluda y nos llena de color cada etapa, pero en Australia, nadie camina por el arcén, todos tienen coche y las granjas están muy alejadas del asfalto. Como mucho ves un grupo de buzones que representa que varias personas viven cerca de ese cruce. La vida de la carretera son en su mayoría todoterrenos que arrastran caravanas desproporcionadas que te adelantan con prisa. Las carreteras tienen ese aire de secundarias rurales alejadas de las megaciudades, pero en bici, sin arcén, te sientes muy vulnerable.

Los rumbos aquí son los mismos, pero su buscas calor tienes que ir al norte y para orientarte de noche buscarás la cruz del sur. Nos ha costado situarnos mentalmente en las antípodas. Es curioso ver mapas que sitúan a Australia en el centro y el mundo al revés de como lo concebimos. Hemos crecido como si Europa fuera el ombligo del mundo, pero como todo, depende el punto desde el que mires las cosas.

A lo largo de las cuatro semanas dormimos en lagos, cerca de montañas, playas de arena blanca y aguas cristalinas, bosques frondosos donde no alcanzas a ver las copas. De repente normalizas la belleza y se convierte en rutina, pero no nos permitimos acostumbrarnos, cada día exprimimos al máximo los paisajes porque llegará el día en el que al salir de la tienda de campaña, la realidad sea otra. A las mañanas, la banda sonora la ponen los pájaros, especialmente las cucaburras, los cuervos y los magpies. Se hará extraño no despertarse o pedalear con ellos de fondo. Recuerdos sonoros con los que dentro de unos años, viajaremos hasta estos paisajes al escucharlos.

Como anécdota, hemos visto más animales muertos que vivos. La carretera es una especie de cementerio de kamikazes nocturnos: wallabies, demonios, possums... aplastados en el asfalto. Les antecede un olor a muerte que termina siendo parte del recuerdo olfativo del viaje. En esa búsqueda de la fauna autóctona, la viva, uno de los días de descanso, cruza-